

De guerra, religión y la búsqueda del padre primordial: La toma del Capitolio

Los lazos que reúnen a las personas en sociedad son también lazos psicológicos. No hay comunidad que no esté atravesada y constituida, en lo que la une o la divide, por el juego de los afectos de amor y de odio, por los procesos psíquicos (identificaciones, mecanismos de defensa, elección de objeto...) cuya cualidad principal es que son inconscientes.

Jacques André (1993),
La revolución fraticida: Ensayo de psicoanálisis del lazo social

En 1915, Sigmund Freud escribió un ensayo sobre la profunda desilusión que le había provocado la guerra que acababa de estallar en Europa:

Pero se osaba esperar algo más. De las grandes naciones de raza blanca [...] de esas naciones a las que se sabía empeñadas en el cuidado de intereses que se extendían por el universo entero, creadoras de los progresos técnicos en el sojuzgamiento de la naturaleza, así



como de los valores de cultura, artísticos y científicos (1915, p. 278).

La ilusión que la guerra había destruido era la del progreso cultural desde la barbarie hasta la civilización, de magia a ciencia, de odio a tolerancia. La alusión a la raza blanca debe leerse en este sentido, evolutivo y no eugenésico. Esta ilusión la compartía

AUTOR

Susana Rebeca Kolb Cadwell
Formanda CPM-CDMX
Fecha de recepción: 14/05/2021
Contacto: srkolbc@gmail.com

Sigmund Freud, brillante intelectual judío que vivió, aunque por poco tiempo, el auge de una fantasía paneuropea que prometía superar las diferencias nacionales y el antisemitismo. La guerra develaba la constitución imaginaria de estas esperanzas.

Un poco más de cien años después, en 2016, los periódicos y las redes sociales de los estadounidenses se llenaron de discursos similares, de exclamaciones de sorpresa y desilusión: se esperaba más. Se esperaba que el país que tomaba como estandarte la justicia, la tolerancia y la democracia no elegiría para liderarlos a un hombre narcisista, misógino e ignorante. La ilusión no era la misma, pero también yacía sobre cierta noción de razón, progreso y superioridad, que aunque también se vinculaba con la tecnología, se había construido más bien sobre una identidad nacional que se consideraba a sí misma “la mejor”: el país más grandioso del mundo. La incredulidad y tristeza ante su derrumbamiento fue terrible, para aquellos que compartían esta ilusión. Pero era claro que no todos se imaginaban de la misma forma a su país, hecho que millones se vieron forzados a reconocer el día que Donald Trump fue elegido presidente.

No sin cierta condescendencia, comenzó un llamado entre los liberales por escuchar a los votantes de Trump, intentar entenderlos, imaginarse su vida y su marginación. Pero este ejercicio resultó imposible ya que sus seguidores no eran homogéneos y sus argumentos eran contradictorios (Lennon, 2018, p. 442). El debate no era entre dos ideologías. Los intentos de discusión develaban equívocos profundos en donde los participantes no compartían premisas básicas sobre la

realidad, y en el trasfondo se vislumbraban procesos inconscientes que creaban una sensación de extrañeza y falta de lógica.

Cuatro años después, el 6 de enero de 2021, miles de estadounidenses, incitados por Trump, marcharon al Capitolio para tomarlo por la fuerza. Las expresiones de incredulidad y desilusión reflejaban las del día en que Trump fue elegido. La escucha que se habían propuesto ejercer los demócratas, había resultado ineficaz. Quizá, entonces, sea una escucha psicoanalítica la que nos permita aproximarnos a entender algunos de los procesos inconscientes y pulsionales que dieron forma, aunque sea en parte, a este fenómeno cultural.

Cada una de las miles de personas que marcharon hacia el Capitolio el día que se ratificaría la elección del presidente electo Joe Biden, tenía sus propios motivos para hacerlo. Había quienes estaban motivados por un sentido de privación económica o desconfianza en el gobierno; otros, por intolerancia o por la creencia de que Trump es la forma en que Dios se prepara para el rapto. Había miembros de agrupaciones como *Proud Boys*, un grupo neofascista que usa insignias como “6MWE” que significa que 6 millones no fueron suficientes; *Three percenters*, un grupo militar de extrema derecha; y *QAnon*, un grupo que afirma que Estados Unidos está dominado por burócratas y demócratas que adoran a Satanás y comen bebés. Sin embargo, no todos formaban parte de estos grupos. Lo que parecería haber unido a la masa ese día fue la lealtad a Trump.

Pero antes de analizar este vínculo, permanezcamos en la pregunta sobre el origen de la ira de los manifestantes. En *El*



malestar en la cultura, Freud propone que la cultura, cuyos objetivos incluyen proteger al ser humano ante la naturaleza y regular sus vínculos recíprocos, reclama que los individuos renuncien a sus disposiciones pulsionales, tanto sexuales como agresivas (1930, p. 88). Para los grupos desfavorecidos por esa sociedad, la hostilidad hacia esa cultura se exagera, como explica Freud en *El porvenir de una ilusión* (1927, p. 12). Esto es cierto de toda cultura, pero las formas de represión han variado en el tiempo y en el espacio. Los seguidores de Trump, ¿A qué pulsiones han tenido que renunciar? y ¿Han sido particularmente desfavorecidos por la sociedad que requiere su sacrificio? Una de las principales justificaciones para elegir a Trump fue la de la pobreza y un trato injusto

por los demócratas liberales que amenazaban sus formas de producción en nombre del medio ambiente, así como su manera de concebir el mundo a través de la corrección política.

No culpo a la corrección política. De hecho, a grandes rasgos, me parece útil e importante esta relación con el lenguaje. Pero no creo que el argumento racional sobre por qué debemos o no decir una palabra logre acceder de la misma forma a todos los espacios ni convencer a todas las personas de su razón de ser. No podemos olvidar que el sujeto está constituido por una serie de identificaciones introyectadas y por vínculos afectivos con personas que, en el caso de los seguidores de Trump, probablemente

expresaron visiones del mundo que no concuerdan con aquellas aprobadas oficialmente por el gobierno demócrata anterior, liderado por un afrodescendiente.

Así, una crítica al racismo o a la misoginia podría percibirse en la psique individual como una crítica a la figura paterna y al propio ser. Es de esta manera que logro explicarme que los comentarios misóginos y racistas de Trump no hayan arruinado su candidatura, sino, por lo contrario, que hubiese inspirado a muchos seguidores que decían confiar en él porque “dice las cosas como son”. Sus oponentes subrayaron una y otra vez que esta percepción del hombre era incorrecta: Trump no hacía más que mentir en su verborrea twitteriana. Pero a pesar de demostrar con evidencia que sus declaraciones eran mentira, los argumentos de la oposición no lograron mucho, porque Trump en realidad sí dice las cosas como son: como son en el imaginario de ciertos sujetos, compartido en gran medida con sus familias y aquellos que los rodean. Refleja una realidad psíquica. Así, con sus declaraciones políticamente incorrectas, como que había gente muy buena entre los neonazis y que a las mujeres las agarraba por el coño, Trump sancionaba la expresión de pulsiones hostiles, dirigidas a una serie de enemigos históricos, a las que los estadounidenses habían tenido que renunciar sin entender, quizá, por que. Como plantea Freud, estos enemigos no son reales, sino oponentes que son tomados como pretexto para la expresión de pulsiones agresivas (1930, p. 109).

En los sucesos del 6 de enero, podemos observar este fenómeno aumentado y explicitado. La noche anterior, Trump organizó un “Mitin para salvar América” [“Rally to Save

America”]. Ahí, Rudy Giuliani dijo que había llegado la “hora de la guerra” [“It is time for war”]. Otros oradores alentaron repetidamente a los asistentes a verse a sí mismos como soldados de infantería que luchan por salvar el país. Micheal Flynn, un general retirado, dijo que los estadounidenses estaban listos para “sangrar por la libertad”. Trump dio la orden de que la gente marchara al Capitolio para recuperar la presidencia y a América. Al finalizar, aparecieron hombres jóvenes con chalecos y cascos de Kevlar, vestidos para una guerra surreal, algunos cargando palos y cuchillos. Al día siguiente, marcharon (Barry et al. 2021).

Desde su experiencia, estaban participando no en un asalto a la democracia, sino en una guerra ordenada por el presidente, quien les ofreció una salida sancionada para la expresión de pulsiones agresivas. Como consecuencia, las personas creían estar protegidas. Si tomaban videos y fotografías de sí mismos y los subían a redes con frases como “este soy yo”, sin preocuparse por las consecuencias legales, no fue por idiotez, sino porque seguían las órdenes del presidente y porque eran parte de una masa, hecho que analizaré más adelante.

En este caso, los enemigos hacia quienes se dirigían estas pulsiones eran los estadounidenses demócratas, los republicanos débiles, los comunistas y satanistas. Según Freud, los círculos culturales ofrecen un “escape a la pulsión en la hostilización a los extraños [en tanto que] es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, con tal que otros queden fuera para manifestarles la agresión” (1930, p. 111). Así, una agrupación heterogénea se volvió un grupo unitario ante un enemigo

en común: aquel que intentaba robar la presidencia a Trump y con ello atacaba a la patria misma. Considerando que todos son estadounidenses, quizá estamos ante un caso de *narcisismo de las pequeñas diferencias* (1930, p. 111). En efecto, los gobiernos anteriores habían logrado mantener cierta cohesión interna en el país a través de la transformación de otros países en enemigos. Trump, al dejar de interesarse por la política exterior, desdibujó el límite externo del círculo cultural y así, las pulsiones hostiles de círculos más pequeños se dirigieron con más vehemencia hacia “otros” dentro del país.

¿Pero, haber recibido permiso para satisfacer una inclinación pulsional de destrucción es suficiente para dar cuenta de lo sucedido en el Capitolio? ¿Qué sucede

con las creencias de los manifestantes, ya sean religiosas o conspiracionistas? ¿Y qué hace de Trump un personaje por el cual vale la pena luchar? Me parece que hay que mirar más de cerca las otras pulsiones libidinales que están en juego. Freud explica que, en una masa, cada individuo experimenta, por influencia de ella, un incremento del afecto y una reducción en la capacidad intelectual, es decir, una “inhibición del pensamiento” (1921, p. 84). El primer elemento lo describieron en entrevistas los participantes mismos —adrenalina, la sensación de ser parte de un grupo, de ser vistos— mientras que reparamos en la inhibición del pensamiento si consideramos que muchos no pensaron en las consecuencias sociales y legales antes de irrumpir en el Capitolio. En efecto, las masas se caracterizan por “la falta de libertad del individuo dentro de ellas” (1921, p. 91).

Freud expone este fenómeno en términos psíquicos al explicar que lo que mantiene cohesionada a las masas son las pulsiones y, más específicamente, una doble ligazón entre los miembros y el líder. Es decir, que los individuos se identifican unos con otros en tanto que todos son amados por igual por el mismo jefe, líder o conductor (1921, p. 90).¹ Esta identificación horizontal constituye una ligazón amorosa de meta inhibida que emerge en lugar de la hostil que normalmente aparece frente a un extraño, en tanto que, en las masas, se restringen el narcisismo y la pulsión de autoconservación usual en el encuentro con otro, y se considera al otro igual ante la mirada del líder. Para explicar la identificación entre estos individuos, Freud remite al momento del desarrollo infantil en el que el niño pasa del temor a perder el amor de la madre por ser desplazado por sus hermanos, a la identificación con estos.



En la masa que tomó el Capitolio, Trump parecía ocupar el lugar tanto de Cristo como del general del ejército, combinando en una persona los ejemplos que brinda Freud de masas organizadas (1921, pp. 89-94). Como mencioné antes, para algunos, Trump fue enviado por Dios para marcar el fin de los tiempos. Pero para la mayoría bastaba el espejismo de que Trump, como Jesús, caminaba entre ellos hacia el Capitolio. A su vez, se hacían declaraciones que aluden al papel de Trump como general: “Nuestro presidente nos quiere aquí [...] Esperamos y recibimos órdenes de nuestro presidente” (Barry et al 2021). Lo más importante, es que todos deben sentirse amados por igual por esta figura. Como lo declara Freud: “De esta ilusión depende todo” (1921, p. 90). ¿Trump lo sabía cuándo les dijo ese mismo día a los que intentaban entrar al Capitolio que los amaba y que eran muy especiales? ¿Qué efectos psíquicos habrá tenido que Trump, una semana después, los negara como seguidores?

Analicemos entonces en qué consiste el vínculo de los individuos con este líder. Freud diría que nos encontramos frente a una suerte de enamoramiento, en tanto que:

una masa primaria de esta índole es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo (1921, p. 109-110).

En este caso, el objeto con el cual el yo se ha identificado no ha sido introyectado al interior del yo, sino que sustituye al ideal del yo. En otras palabras, en el enamoramiento el “objeto

sirve para sustituir un ideal del yo propio, no alcanzado” (1921, p. 106). Así, el objeto libido narcisista llega a poseer todo el amor de sí mismo del yo y como consecuencia, el yo se autosacrifica (1921, pp. 106-107). Esto da cuenta de la falta de libertad de los individuos de la masa. ¿Por qué Donald Trump? Ya hemos hablado sobre la identificación entre los seguidores de Trump y las libertades que él toma en la expresión de discursos racistas y sexistas, pero aquí descubrimos una identificación en otro sentido, en el deseo de querer ponerse en la misma situación —de riqueza y poder, probablemente— y en el deseo de ver en el líder a una figura paterna.

Freud explica que el jefe de una masa no es más que “el temido padre primordial; la masa quiere ser siempre gobernada por un poder irrestricto, tiene una ansia extrema de autoridad” (1921, p. 121). Este padre se remonta a la prehistoria del complejo de Edipo, en la que el niño toma al padre como su ideal, de manera ambigua, de modo que puede tornarse en una moción amorosa u hostil. Hay amor, odio y temor. Según Freud, “el padre primordial es el ideal de la masa, que gobierna al yo en reemplazo del ideal del yo” (1921, p. 121). Este ideal del yo no es ya múltiple, sino que se unifica en la masa: “el individuo resigna su ideal del yo y lo permuta por el ideal de la masa corporizado en el conductor” (1921, p. 122). Resulta sugerente que, en la masa, “al conductor no le hace falta amar a ningún otro, puede ser de naturaleza señorial, absolutamente narcisista, pero seguro de sí y autónomo” (1921, p. 118). Pareciera que Freud nos advierte directamente sobre personajes como Trump, cuyo amor por sus seguidores no es más que una fantasía.

Pero estamos ante una situación que se extiende mucho más allá de la creación de una masa que actuó con violencia un solo día. Como advertíamos ya anteriormente, hay algo de religioso en las creencias de los seguidores de Trump. En *El porvenir de una ilusión* y *El malestar en la cultura*, Freud argumenta que el desvalimiento que experimenta el niño despierta en este una necesidad de protección por amor del padre y que el entendimiento de que el desvalimiento ante la naturaleza (1927, p. 30) y el hiperpoder del destino continuaría por el resto de su vida (1927, p. 73), lo que lo hace buscar un padre más poderoso, mismo que encuentra en Dios. En el contexto analizado en este ensayo, no creo que Trump funja como ningún dios, pero tampoco me parece que sea coincidencia que se hayan tejido tantas narrativas en las que juega un papel en el panteón cristiano, ya sea como un ejemplo de rectitud cristiana en contraste con los demócratas satánicos que tratan y comen niños, o como enviado por Dios para marcar el fin del mundo. Me parece que aquí se juega una búsqueda por el padre omnipotente que ve todo y ama a todos, es decir, la búsqueda por justicia que todo niño acepta en algún momento como reemplazo de ser el único amado.

Sin embargo, en la entrada al Capitolio también pareció jugarse la ambigüedad ante la madre. El padre simbólico no solo dio permiso, sino que dio la instrucción de entrar por la fuerza al edificio. Ante las puertas y ventanas se desató una gran violencia, y muchos lograron entrar. Otros sintieron que eso estaba mal, casi un sacrilegio, y prefirieron permanecer fuera. Quienes lograron entrar se dividieron también en dos: los que se sentaron en los asientos del senado y que subieron los pies a los escritorios para marcar su conquista

(me parece significativo que el escritorio que más se violentó fue el de una mujer), y los que caminaron por adentro de los cordones en las salas y que tomaron fotografías con calma y admiración. Esto, más que una interpretación, es una impresión, pero si consideramos que: a) actuaban con convicción religiosa, b) que en la religión hay figuras maternas a veces más importantes que el mismo Dios, y c) que la ilusión de la religión se remonta a un sentimiento de desvalimiento en el ser humano, quizá la búsqueda de la masa que entró en el Capitolio también era por volver al seno materno, al origen, a la unidad. De hecho, el grito de guerra no fue por Trump, en sí, sino por América.

En conclusión, en la toma del Capitolio vemos confluir una serie de elementos psíquicos que dan cuenta, aunque sea de manera parcial, de por qué los debates políticos e ideológicos entre demócratas y republicanos fallaron. Circunscritos al pensamiento racional, dejaron de lado aspectos cruciales que convergieron el 6 de enero: la doble ligazón libidinal amorosa entre los diferentes actores; el enamoramiento y la identificación de un padre poderoso y temido; así como la búsqueda de un padre y, posiblemente, una madre que protejan ante el desvalimiento, y asimismo, el destino de las pulsiones agresivas. Dejaron de lado lo inconsciente del obrar humano. Visto desde las teorías de Freud, lo ocurrido en la capital de Estados Unidos resulta poco sorprendente y hasta sobredeterminado.

Referencias

Barry, D., McIntire, M., & Rosenberg, M. (2021, 13 febrero) 'Our President Wants Us Here': The Mob That Stormed the Capitol.

The New York Times. <https://www.nytimes.com/2021/01/09/us/capitol-rioters.html>

Freud, S. (1915). De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras completas* (Vol. XIV, pp. 273-304). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras completas* (Vol. XVIII, pp. 63-136). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras completas* (Vol. XXI, pp. 1-55). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. *Obras completas* (Vol. XXI, pp. 57-140). Amorrortu Editores.

González, F. M. (1991). *Ilusión y grupalidad. Acerca del claroscuro objeto de los grupos*. Siglo XXI

Lennon, M. (2018). Revisiting “the repugnant other” in the era of Trump. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 8(3),439–454. <https://www.haujournal.org/index.php/hau/article/view/700979>

Notas

1 Fernando M. González advierte que este doble efecto ilusorio de ligazón —con el líder y con los miembros del grupo entre sí—, reposa en el supuesto de considerar que quien ocupa el lugar de líder es homogéneo para todos. Por tal razón, propone la noción de *ilusión de la ilusión*, bajo la observación de que “basta que los individuos que se agrupan crean que depositan lo mismo para que se produzca un efecto ilusorio” (1991, p. 49)